

Mar
24
Sep
2013

Evangelio del día

[Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

“Mi madre y mis hermanos son los que escuchan y cumplen mi Palabra”

Primera lectura

Primera lectura: Esdras 6, 7-8.12b.14-20

En aquellos días, el rey Darío escribió a los gobernantes de Transeufratina:

«Dejad que se reanuden las obras de ese templo de Dios. El gobernador de los judíos y los ancianos judíos reconstruirán este templo de Dios en el lugar que ocupaba. Estas son mis órdenes sobre lo que debéis hacer con los ancianos judíos para la reconstrucción del templo de Dios: de los ingresos reales procedentes de los tributos de Transeufratina, páguese puntualmente a esos hombres los gastos sin ningún tipo de interrupción.

Yo, Darío, he promulgado este decreto y quiero que sea ejecutado al pie de la letra».

Los ancianos judíos prosiguieron las obras con éxito, confortados por la profecía del profeta Ageo y de Zacarías, hijo de Idó. Edificaron y concluyeron la reconstrucción, según el mandato del Dios de Israel y con la orden de Ciro, de Darío y de Artajerjes, reyes de Persia.

Así terminaron este templo el día tercero del mes de adar, el año sexto del reinado del rey Darío.

Los hijos de Israel, los sacerdotes, los levitas y los demás repatriados celebraron con alegría la dedicación de este templo de Dios. Con motivo de la dedicación de este templo de Dios, ofrecieron cien toros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y, como sacrificio por el pecado de todo Israel, doce machos cabríos, según el número de las tribus de Israel.

También organizaron los turnos de los sacerdotes y las clases de los levitas para el servicio de Dios en Jerusalén, tal y como está escrito en el libro de Moisés.

Los repatriados celebraron la Pascua el día catorce del mes primero. Los sacerdotes y los levitas se habían purificado para la ocasión. Todos los purificados ofrecieron el sacrificio de la Pascua por todos los repatriados, por sus hermanos, los sacerdotes, y por ellos mismos.

Salmo de hoy

Salmo 121,1-2.3-4a.4b-5 R/. Vamos alegres a la casa del Señor

¡Qué alegría cuando me dijeron:

«¡Vamos a la casa del Señor!»!

Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. R/.

Jerusalén está fundada
como ciudad bien compacta.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor. R/.

Según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. R/.

Desead la paz a Jerusalén:
«Vivan seguros los que te aman,
haya paz dentro de tus muros,
seguridad en tus palacios». R/.

Por mis hermanos y compañeros,
voy a decir: «La paz contigo».
Por la casa del Señor, nuestro Dios,
te deseo todo bien. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 19-21

En aquel tiempo, vinieron a Jesús su madre y sus hermanos, pero con el gentío no lograban llegar hasta él.

Entonces le avisaron:

«Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte».

Él respondió diciéndoles:

«Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Reflexión del Evangelio de hoy

Vemos, en la 1ª Lectura, al pueblo de Israel feliz y contento, después del exilio, comenzando a organizarse por lo que creen que debe ser lo primero, el Templo. El rey persa, Ciro, dio los primeros pasos en orden a la reconstrucción del Templo. Hoy aparece el rey Darío ordenando tres cosas: permitir su reconstrucción en Jerusalén, donde se encontraba el antiguo; organizar su vida religiosa y social en torno al Templo y, 3º, mandar a los sátrapas y gobernadores que provean y ayuden a su financiación.

El tema último del párrafo evangélico es la fe, la adhesión plena y total a la persona de Jesús. Nadie puede exhibir lazos de amistad, de cercanía o de familia para no tener que implicarse en el compromiso ineludible de entrar en el Reino con todas las consecuencias, es decir, escuchar y ser coherente con lo escuchado.

Una palabra sobre los que sólo quieren ver; los que sólo quieren ver y escuchar, y sobre los de, además, buscan comprometerse.

“Vinieron a ver a Jesús su madre y sus hermanos”

Ante todo, respeto y el mayor aprecio a María, Madre de Jesús por su nacimiento en Belén, y Madre de Jesús por ser la primera oyente de la Palabra y la primera creyente y practicante de la misma. Cuando Jesús habla de “mi madre y mis hermanos son...”, se refiere a los nuevos lazos de familia de los pertenecientes al Reino de Dios. Lejos de Jesús, referirse a desdén o menosprecio a su Madre, incluso al equipararla, aparentemente, con el resto de los creyentes. María en su sitio, los creyentes en el suyo, juntos todos, pero no revueltos, en el Reino de Dios, fruto de la escucha y el compromiso.

Este episodio nos recuerda al viejo Israel, que sólo quería ver, ni siquiera escuchar. Y nos recuerda también a todos los que, fiados en su “pretendida” familiaridad con Jesús, con Dios, se permiten el lujo de querer acaparar a Dios, tratando de tenerlo en exclusiva para ellos. Una cosa es pedir, orar, en la seguridad de ser escuchados, y otra querer monopolizar a Dios, en la creencia y convicción de que tenemos “derecho” a ser atendidos porque “somos de los suyos”. El reino funciona con lazos distintos, los vínculos de sangre y raza desaparecen y comienza la oferta divina de un proyecto, de unos valores y de unas actitudes que son los que van a constituir el auténtico vínculo familiar entre él y nosotros.

Un gran gentío le escuchaba

Tantos que no dejaban espacio libre a los que habían llegado con la pretensión de ver a Jesús. Entre ellos había gente muy heterogénea. Están los discípulos, llamados y escogidos por él; otros discípulos que, atraídos y fascinados por aquel profeta y “más que profeta”, le siguen; el grupo de mujeres que atendían a sus necesidades, cuya fidelidad hasta el final es encomiable. Y, aunque no se nos dice expresamente, seguro que había un buen grupo de “curiosos” que iban a ver de qué se trataba. Algunos engrosarían el número de creyentes; otros volverían a sus quehaceres un tanto o un mucho decepcionados por no haber encontrado lo que esperaban.

“Los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra”

Este es el núcleo del Reino. Esta es la nueva familia de Jesús: “Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra”. Los lazos que vinculan a los miembros del Reino no son los de la sangre, raza y nación, sino Dios y su palabra, puesta, luego, coherentemente por obra. Los parientes que fueron a verle –aparte María- no nos consta que engrosaran las filas del nuevo Reino. Jesús quiere ir dejando las cosas muy claras. Su Reino es universal, la oferta es para todos: todos los pueblos, todas las razas, todas las creencias anteriores, y todos los que vendrán a lo largo de los siglos.

¿Requisitos? Sencillez y honradez, escuchar la palabra de Dios, convertirla en valores y actitudes similares a los que vemos en Jesús, y vivirla, practicarla y ofrecerla a cuantos contacten con nosotros. Y, al final, que también nosotros podamos decir: “Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: ‘somos siervos inútiles’, hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17,10).



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)